

1.° de Agosto de 1907. Año IV. N.° 87.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.° 336.

El detenido

La escena representada por nuestro grabado nada enseña á los ilustrados suscriptores de esta Revista, pero les recuerda el diario y triste cumplimiento de su misión.

El artista ha reproducido con fidelidad pasmosa el acto de llevar ante la Autoridad municipal al detenido por el hecho que alteró durante algunas horas ó algunos días la calma de la pequeña localidad; pero lo que no reproduce, porque queda en el secreto de la profesión y en la modestia del honrado guardia civil, es la suma de desvelos, la serie de sacrificios, el exceso de habilidad y de trabajos que ha sido preciso derrochar para conseguir tal resultado.

Los hombres de bien que estiman la Institución y aplauden sus servicios, no conocen, sin embargo, á cuanta costa se realizan éstos, y qué disgustos acarrean á los que los prestan, por hacerlo en tiempos tan licenciosos como los que corremos.

Hasta las mismas Autoridades, que, mientras las parejas trabajaban sin descanso, distraían apaciblemente sus ocios, sentirán, cuando el tiempo pase, esas conmiseraciones que, haciendo ineficaz la ley, burlan la acción de sus agentes y siembran, con la impunidad, el germen de la reincidencia, en la que radica la verdadera, incorregible y perturbadora criminalidad.

Pero no importa; la Guardia civil, serena y fiel en el desempeño de su misión grande y salvadora, continúa sin vacilaciones su obra meritísima, alcanzando el homenaje público y las alabanzas sin cuento del extranjero, que sabe admirarla y aun envidiárnosla.

G. G. de la G.

Sadismo brutal.

Menesclou.

Pocos crímenes han logrado conmover tanto la opinión como el realizado por el infame *Soleilland*. París, ¡como París, Francia entera! sufrió estremecimientos de horror al saber que este *sátiro*, después de haber mancillado á una pobre niña de trece á catorce años que llevó con engaños á su casa, la mató para ocultarlo. Esta indignación se ha reproducido con ocasión de la vista de la causa, y este hecho recuerda otro análogo, quizá más infame, realizado por otro aborto de la naturaleza y que tuvo también el triste privilegio de provocar el sentimiento público hace algunos años.

La prensa diaria no acota más que los sucesos de actualidad, de los cuales se ocupa para satisfacer curiosidades, no siempre sanas Nosotros, buscando la provechosa enseñanza que pretendemos, encontrando en lo pasado ejemplo para el porvenir y analizando más que narrando los sucesos, vamos á recordar el de aquella *bestia* que en el mundo se llamó *Menesclou*, haciendo un detenido estudio del criminal y del crimen.

***

Hoy los gabinetes de los jueces de instrucción tienen algo de plazas públicas. Papanatas, curiosos, periodistas rondan alrededor, y el que pasa no siempre escapa al objetivo de los fotógrafos.

Otras veces estos mismos gabinetes están herméticamente cerrados. El abogado mismo del acusado no tiene acceso. Sólo el juez y su actuario asisten á las escenas emocionantes, trágicas y penosas á que dan lugar los interrogatorios y las confrontaciones. Solos concurren también á las múltiples peripecias de esos dramas que el reporterismo de nuestra época presenta ante los ojos del público en general.

¡Y qué provechosas enseñanzas podría sacar el sociólogo, el criminalista, si le fuera permitida la visita por vía de estudio!

En la instrucción del proceso es donde el culpable se revela tal cual es, porque en los días de la audiencia, en el tribunal, lo más á menudo «se hace un lío», como dicen en el argot de teatros. En estos actos, por su misma solemnidad y publicidad, procura acorazarse, porque se siente espiado por una muchedumbre á quien trata de «desconcertar». En cambio, el misterio del gabinete de instrucción, en presencia de un magistrado avisado y advertido, sabe que es inútil procurar cubrirse con una máscara, y se presenta tal cual es.

Algunas veces, sin embargo, acorralado como una fiera se obstina en negar y en tener la frente alta, pero no puede sostenerse por largo tiempo, y un día, al cabo de mucha voluntad y fuerza, cede y hace su confesión. Parece que quiere desembarazarse de una carga pesada.

Después entra en su celda, sueña que sus confesiones le han perdido, y de nuevo, antes del fin de la instrucción, procura retractarse para evitar el castigo.

Pero hay una categoría de criminales—y éstos son los que principalmente merecen estudiarse—que desconciertan tanto como espantan. Ellos quitarían la piedad en el corazón mismo de sus madres. Son éstos los estranguladores y atropelladores de niñas.

A estos monstruos hay que arrancarles sílaba á sílaba la verdad, ó una parte de la verdad.

Por odiosamente criminal que sea un hombre, parece que después de haber perpetrado un crímen, retrocede horrorizado delante de esta clase de crímenes, y es raro que sus confesiones vayan más allá de lo que él no puede materialmente negar.

Uno, sobre todo, traspasa los límites en el crimen.

Tiene veinte años; *mancilló*, mató, despedazó y quemó á una niña de cuatro años.

Este, *Menesclou*, el famoso *Menesclou*, tipo característico de esta clase de fieras que no obstante el tiempo transcurrido se mantiene vivo su recuerdo, como ejemplo que es de la perversidad humana.

***

Luchó paso á paso contra los magistrados que le interrogaban; paso á paso defendía el terreno que se le escapaba. Con una lucidez extraordinaria, presentaba las circunstancias atenuantes cuando no podía negar la materialidad del crimen. Y gracias sólo á la habilidad del juez se pudieron reunir los elementos necesarios del acta de acusación que, sancionada por el jurado, implicaba su condenación á muerte

Se ignora generalmente qué paciencia qué energía, qué perspicacia tienen que emplear esos magistrados encargados de aclarar un asunto... Tienen que envolver al criminal en una red fuerte, llena de probabilidades, de pequeños hechos, de presunciones, de pruebas, en fin, que constituyen las mallas de esa misma red, de la que no puede escapar.

El acta de acusación, basada sobre las comprobaciones del juez instructor, reune en un bloque todos los cargos levantados contra el culpable Porque este documento está destinado á tocar el ánimo de los jurados al comienzo mismo de la primera audiencia.

Con un criminal como Menesclou fué preciso que el juez derrochase todas las condiciones de observación y de deducción que había adquirido en su larga práctica de la profesión El monstruo se defendía con una habilidad desconcertante. Todo lo tenía previsto y calculado. Negaba todo aquello que no estaba evidentemente probado. Se convencerán con la lectura del acta de acusación, que es ésta.

Acta de acusación.

El acusado ha demostrado desde su niñez los instintos más perversos. Perezoso, deslenguado y brutal, hacía que le despidieran de todos los talleres donde fué puesto Robó y maltrató á sus padres. Alistado en la Marina en 1876, bien pronto dejó el servicio y volvió, á fines de agosto de 1879, al domicilio de su familia Después de su regreso no se ocupó en ningún trabajo; pasó su vida vagabundeando con individuos de la más baja estofa.

En la misma casa habitaban los esposos Deu. Tenían siete hijos, entre los cuales se contaba la pequeña Luisa, nacida el 18 de febrero de 1876. Esta niña era, por su dulzura, su gentileza y su inteligencia, el encanto de los vecinos, y algunos tenían placer en llevarla á sus habitaciones para hablar con ella.

Menesclou la había también distinguido; cuando la encontraba, fuera sola ó con sus amigas ó sus hermanos, la daba dinero ó golosinas y, según la manifestación de un testigo, le hacía caricias.

El 15 de abril último, sobre las cuatro de la tarde, Luisa, acompañada de su hermana María, subió con el permiso de su madre al quinto piso de la casa, para jugar con otra niña. Esta niña había salido, lo mismo que su madre, las dos hermanitas llamaron inútilmente varias veces á la puerta, sin encontrar á nadie á quien preguntar.

Causada de esperar, María descendió, dejando sola á Luisa, que se obstinó en quedarse.

Diez minutos más tarde, la madre, viendo que no venía su hija, envió sucesivamente dos de sus hijos para que la trajeran; éstos la buscaron por todas partes sin encontrarla.

Inquieta entonces la madre, bajó á la portería y se enteró que de todos los inquilinos del quinto piso, sólo el acusado estaba en su casa. Cierta de que Luisa no había salido de la casa, tuvo el presentimiento de un crimen y obligó á la portera á que subiera con ella á casa de Menesclou.

Este las abrió inmediatamente su puerta; respondió á sus preguntas en un tono tranquilo é indiferente, «que él no había visto á la niña»; las dejó buscarla y llamarla en su cuarto No encontraron nada y se retiraron para seguir sus investigaciones.

Una media hora más tarde el acusado salió para ir al encuentro de su padre; y al pasar cerca de una hermana de la niña, la preguntó con interés noticias de la desaparecida. Poco después, el padre y el hijo volvieron Después de haber cenado se acostaron, sobre las siete y media.

(Continuará.)

De la cuna al patíbulo.

Gradación lógica.

El encadenamiento de las acciones humanas sigue un orden de inflexible lógica. En el mundo moral, como en el mundo físico, las cosas caen inevitablemente del lado que se inclinan; por eso, una buena educación y un inteligente modo de castigar las primeras faltas es el beneficio mayor que puede recibir el hombre y que nunca sabrá agradecer bastante.

Los desgraciados á quienes las circunstancias colocan en distinto caso, están condenados al crimen. Tipo perfecto de este desamparo y, por lo tanto, anuncio cierto de un fin desastroso, nos lo presenta el tristemente famoso *Miguel Vilaplana Bonet*.



Nacido en término de Manresa de un matrimonio de quincalleros, apenas contaba un año, tuvo que ingresar en la cárcel por haber sido su madre acusada de robo; en libertad á los dos años, pasó al hacer los cuatro á la casa de caridad de Barcelona, y vuelto á poder de sus padres, vagó con ellos largo tiempo, hasta que, condenados aquéllos de nuevo, ingresó otra vez en la misma casa de caridad, de la que pasó á la correccional de Gracia. Aprendiz, después, con hojalateros ambulantes, mayoral, operario, catador, fué, más que desflorando oficios, dando rienda suelta á sus pasiones, y ya en la mocedad, le tocó el turno de sus procesos.

Dos se le siguieron por robo; puesto en libertad, imploró y explotó la caridad pública con indignas farsas; por ellas se le encarceló, y al salir, vuelve á cometer nuevo robo. Apenas dispone de libertad comienza la vida errante: vende oro, plata y específicos; da conciertos, va, viene, desaparece y traba conocimiento con gentes maleantes, entre las que se cuenta José Folia Tolós (a) *Chato*, de filiación igualmente *distinguida*.

Para el caso, lo mismo da que fuera con éste ó con otro; el camino emprendido había de conducirle á análogos resultados; estaba trazado: de la vagancia á la estafa, de la estafa al robo y del robo al asesinato, natural coronamiento de la carrera.

¿Cómo se realizó?

En las afueras de Manlleu, en una casita situada en un extremo del puente construído sobre el Ter, vivía desde bastantes años atrás María Torrontjeneros, mujer de avanzada edad, que tenía establecida una taberna con honores de mesón, en la que daba hospedaje á toda clase de forasteros. En la mañana del día 4 de diciembre de 1894, al regresar el niño José Molas, hijo de aquélla, de la fábrica donde había trabajado la noche anterior, vió abiertas las puertas de su casa, y penetrando en ella, observó con espanto que su madre yacía en un rincón del comedor, sobre un charco de sangre.

El reconocimiento hizo ver que el cadáver presentaba gran número de contusiones inferidas con un madero grueso ensangrentado que se encontró cerca, y que la pobre víctima tenía clavado en el cuello un cuchillo de regulares dimensiones.

La Guardia civil entra en funciones, y de sus tan inteligentes como activas pesquisas, vínose en conocimiento de que el día anterior se habían hospedado en la casa del crimen los citados Vilaplana y Folias, los cuales formaban parte de una compañía de gimnastas, compuesta de otros cuatro individuos más, entre hombres y mujeres.

Detenidos todos, bien pronto los dos mencionados se confesaron autores y explicaron el hecho, que partió de la iniciativa de Vilaplana, por el afán del robo. Con tal fin llegaron á Manlleu; aprovechando el encontrarse por la noche solos, propuso aquél á María una partida á la brisca, que jugaron ambos; mas como ésta sospechara que su contrincante empleaba trampas, negóse á seguir y Folia le sustituyó. De improviso, mientras se hallaba la Torrentjeneros jugando con el *Chato*, llegóse el otro cautelosamente, y por la espalda la dió un golpe en la cabeza con un leño. Al caer derribó el candil, dejando la habitación á obscuras. Mientras seguía golpeándola, el *Chato* fué en busca de un cuchillo, y al volver, después de encontrado, acometió á la víctima con él, produciéndola innumerables heridas, hasta que, por último, se lo dejó clavado.

Hecho el despojo de cuanto hallaron, no sin beber tranquilamente como en la más alegre fiesta, hicieron distribución del escaso caudal robado y emprendieron el camino para Barcelona

* * *

Todavía existen los guardias que contribuyeron al esclarecimiento de este hecho, y aún se recuerda en la comarca con estremecimientos de dolor el levantamiento del patíbulo, donde pagaron con su vida estos dos desgraciados cuyos retratos publicamos, hechos quizá debidos, más que á su perversidad, á su deficiente educación y al medio en que vivieron.

Piratas en el siglo XX.

El acto de piratería que vamos á registrar es de hace unos días; pasaron, por fortuna, aquellos tiempos en que la seguridad en los mares nunca llegaba: los pueblos de Occidente, venciendo en Lepanto al poder naval turco, sacaron como único provecho el desinfectar de piratas el mar Mediterráneo. Las luchas de genoveses, venecianos, aragoneses y castellanos en los mares, entonces sólo surcados por las naves del comercio, triunfaron, y el camino al mar Negro y al archipiélago quedó expedito después de aquella victoria y de otras del poder cristiano sobre el musulmán en las costas argelinas y tunecinas.

La piratería había pasado ya á la categoría de recuerdo y servía sólo para inspirar alguna que otra obra teatral ó tal cual pasaje de una novela. Ciertamente que el mar Indico, las costas chinas y mares próximos no se han visto libres nunca del pirateo; pero era de *menor cuantía*. Los piratas chinos y malayos, perversos y sanguinarios, ejecutan sus fechorías muy de tarde en tarde y en pequeña escala, siempre temerosos de las potentes naves de guerra y aun de las mercantes de todas las naciones cultas, y ya creíamos que había llegado la hora de que también los piratas amarillos iban á desaparecer.

Pero de repente, en plena Europa, en un mar el más interior, en un barco europeo y por gentes europeas, se acaba de perpetrar el acto de piratería más refinado.

Pocas horas hacía que el hermoso buque «Sofía» había abandonado las aguas de Odesa, la tripulación en sus faenas habituales estaba ocupada, el pasaje llenaba alegre el comedor del barco, bien ajenos del peligro que encima tenían. En efecto: tres piratas, por cierto bien jóvenes, casi niños, súbito aparecen en el comedor y revólver en mano, intiman al capitán y pasaje á que no se muevan, pena de la vida al que lo intente, y el resto de la banda, que eran hasta doce ó catorce, se hacen dueños de la gente sobre cubierta. Todos sobrecogidos por lo inesperado y repentino del ataque, no se defienden, y ellos, con toda calma se apoderaran del dinero que el barco conducía, y botando al agua un barco de á bordo, se alejaron tranquilamente, no olvidándose de destrozar la máquina y las otras embarcaciones menores, para evitar ser perseguidos.

El paraje es transitadísimo por barcos de todas banderas; la velocidad en su huida no pudo ser rápida, y, sin embargo, no han sido detenidos.

Pasma tanta osadía, y apena tanta impunidad.

¡Oh, el amor maternal! Un pobre niño padecía la solitaria y esta dolencia no le permitía desarrollarse. Su cariñosa madre, aconsejada por el amante, entendió que el mejor remedio era coger á su hijo, y acompañada del otro mayorcito, encaminarse los cuatro al próximo río, arrojar á las aguas al paciente, ver cómo se ahogaba entre angustias y lamentos, y volverse los tres luego tan gozosos y satisfechos de su obra.

Clave de los sueños.

Manos.—Soñar que se las lava; no seais egoístas.

Mármol.—Fortuna.

Martillo.—Se ha cometido una torpeza.

Medallas.—Vuestros trabajos tendrán la debida recompensa.

Médico.—Enfermedad próxima.

Misas.—Oirlas; no confiar con exceso en las promesas que os han hecho.

Millones.—Ruína segura.

Ministro.—*Soñar que se ha llegado á ser;* honores deleznables.

Moneda.—Si es de oro, fortuna; de plata, peligros y temores; de cobre, miseria.

Mordedura.—*Haberla sufrido;* muerte.

Muerte.—Vejez sana y simpática.

Música.—Consuelo.

Nacimiento.—Realización de un deseo.

Navío.—Esperanza consoladora.

Negro.—*Soñar con uno;* desconfiad de los ladrones, precaución.

Nieve.—Una ó varias personas sienten por vosotros amor sincero.

Notario.—Vais á recibir dinero.

Ojo.—*Perder los dos;* muerte inminente.

Olivo.—Concordia, reconciliación.

Orejas.—Se os espía.

Obreros.—Negocio provechoso.

Duelo vulcánico.

Los antiduelistas buscan el desterrar las variadas formas con que los caballeros se creen obligados á reparar las ofensas y á lavar las honras; pero la humanidad, siempre insensata, se encarga de que aquellas miras altruístas no lleguen á feliz término.

Nada más horrible que el relato del duelo que hoy nos ocupa. Dos obreros de un taller de forja de los Estados Unidos, tenían resentimientos antiguos, y hace pocos días decidieron solucionarlos, y á fe que bien lo hicieron.

Por acuerdo de ambos eligieron como arma de com-



bate, desdeñando á la pistola, al sable y á la espada, la barra de hierro que en sus usos del oficio les sirve de instrumento de trabajo.

Calentadas al rojo blanco, quedaron trocadas en vengadoras armas, y á una señal convenida, con ellas se atacaron, con furia tanta que los dos recibieron multitud de dolorosas heridas, los dos rodaron por el suelo y los dos fallecieron al poco rato, con diferencia de minutos

Algunos de los que presenciaron tan infernal combate, alumbrado por las rojas llamas de los hornos de fundición y de calda, describen el suceso como lo más infernal que han podido imaginar los hombres; fué una escena dantesca, que aún está impresionando las atónitas pupilas de los *testigos* del horripilante duelo.

Tomen nota los patrocinadores de las ligas antiduelistas.

Utilidad de los condenados á muerte.

I

No por crueldad, sino para escudar á la sociedad amenazada, preocúpanse los espíritus serios del estado de cosas creado por la supresión de hecho, ya que no de derecho todavía, en Francia, y por el camino que vamos también en España, de la discutida pena de muerte.

Publicistas de cierto renombre niegan el beneficio de la *intimidación* de ella en los criminales, y no admiten que, para evitar la muerte delictiva, el Estado se convierta en carnicero; tales son, poco más ó menos, sus juicios, y casi también sus palabras.

Pero entre los que así discurren y los que harían del suplicio único remedio para los males sociales que padecemos, entre la exagerada piedad y la venganza excesiva, ¿no habría margen para un tercer término más grato, más humano y agradable, más provechoso y acertado, el de la *justicia*, en el verdadero sentido de lo que esta virtud es?

Si reputando justa una sentencia de muerte, consideramos la ejecución, sin embargo, repugnante, todavía podremos, en bien de la humanidad, prescindir de todos los odiados instrumentos de tal suplicio, siempre que, á cambio de una gracia de perdón, pueda imponerse al condenado un sacrificio útil al mundo. Al que ha producido la muerte debe transformársele en obrero fecundo de la vida. ¡Que sirva la suya á la medicina experimental, puesto que enfermedades existen que sólo pueden ser curadas á costa de experiencias hechas sobre el hombre!

Veinte años hace que Pasteur emitió la idea que apuntamos, cuando dedicaba su poderoso talento á la curacion de la hidrofobia; entonces concretaba sus trabajos tan sólo al perro, y lamentando no poder hacer lo mismo con respecto al hombre, decía:

«Si yo fuese rey ó emperador ó de cualquier otro modo estuviera en mis manos el poder, ejercería el derecho de indulto sobre los condenados á muerte de este modo: les ofrecería la víspera de la ejecución la elección entre la muerte inminente y una experiencia que consistiese en las inoculaciones preventivas de la rabia, para conseguir la inmunidad de este azote. Mediante tales pruebas, la vida del condenado se salvaría, previas las precauciones que se estimaran oportunas, para la debida garantía de las formalidades del ensayo. Es cuanto al condenado, seguramente que no habría uno que dejara de aceptar la proposición.»

Dando por sentado el principio utilitario en que se funda esta idea, ni debía requerirse su anterior consentimiento siquiera Bastaba con que se estimara conveniente para que pudiera hacerse sin mayores trámites, ya que no habría de sometérsele á experiencias crueles ni á inoculaciones innecesarias, para las cuales son buenos sujetos los animales.

Puédese estudiar la tuberculosis, por ejemplo, en el conejo de la India; pero respecto á otras enfermedades que no hay que citar, aunque se haya logrado bastante con pruebas sobre el mono, falta aún fijar muchos puntos de importancia, que sólo han de ser examinados en el hombre. Con su intervención precisa, se llegaría á la determinación del virus atenuado. Se avanzaría más rápidamente en el estudio del cáncer y se sabría en qué condiciones se inocula, porque el cáncer humano no ha sido visto entre los animales Otras muchas enfermedades que sólo acometen al hombre, en el hombre sólo pueden observarse.

Esta deficiencia la han salvado algunos sabios inoculándose á sí mismos virus peligrosos; pero, en tales casos, un sujeto único é interesado, obsesionado, si se quiere, no es base bastante para obtener conclusiones, y el mundo las necesita exactas, repetidas y de todo en todo definitivas.

¿Por qué no ha de proporcionarlas el que de otro modo sólo dejaría rastro de su paso por la tierra con el recuerdo de su crimen?

Los hombres criminales y los animales humanitarios.

Las columnas de Museo Criminal se llenan con relatos de los más salientes crímenes que los hombres insensatos cometen todos los días. Como contraste que debiera avergonzar á la especie humana al *homo sapiens*, no faltan casos de abnegación, de valor y de *humanidad* en animales.

El perro es casi siempre el que nos da ejemplo, y de entre la especie canina descuellan los terranovas.

Un hermoso perro de Terranova acompañaba en Viena, en sus habituales paseos, á unos niños, conducidos y entregados al cuidado de una niñera.

Esta no tuvo todo el que se tenía derecho á esperar de ella, y unos momentos dejó al más pequeño metido en un cochecito de ruedas en lo más espeso del parque, mientras ella se separó algún tanto.

El lugar era, como decimos, oculto y en lo alto de una cuesta que, en rápida pendiente, conducía á un lago artificial de profundas aguas.

No se sabe cómo fué; tal vez el viento, tal vez un movimiento del niño en el cochecito. fué el que inició la marcha del vehículo. Lo cierto es que éste, acelerado por su propio peso. rodaba con velocidad hacia el final de la cuesta. La niñera se apercibió de ello; pero desde donde estaba no pudo hacer otra cosa que gritar, espantada ante la desgracia que veía llegar. El coche ya había tomado una loca velocidad y sólo le faltaban como dos metros para hundirse en el estanque, cuando de entre el bosque surge como una evocación el hermoso terranova, y con un instinto superior á la inteligencia de muchos hombres, mordió al carruaje precisamente por el sitio donde la niñera le cogía para pasearle, y tirando hacia atrás con esfuerzos titánicos, logró detener la marcha del cochecito, cuando sus dos ruedas delanteras tocaban ya el agua. La niñera y cuantas personas del paseo vieron la escena. concluyeron la salvación del niño y agasajaron al perro, que daba pruebas de loco alborozo por haber salvado la vida á su amito. Comprendía perfectamente el importante papel que había desempeñado.

Crimen misterioso.

Tan misterioso, que á la presente ni la más remota idea se tiene de quién sea el autor, ni quién la víctima.

Relatemos el hecho:

Un niño de unos once años. Achille Boukaert, se hallaba jugando no lejos de la población de Watrelos, en la frontera franco-belga; en sus juegos escarbó alguna tierra, con lo que practicó un hoyo de poca profundidad y su sorpresa fué enorme cuando de él sacó un bulto liado en trapos ensangrentados.

A sus voces de estupor se aproximaron otros colegas,



y todos llenos de pavor é invadidos de esa peculiar curiosidad de la infancia. estuvieron dudando entre avandonar el hallazgo ó averiguar su contenido.

Venció la curiosidad, ¡nunca lo hubieran hecho!, porque al descubrir el envoltorio se encontraron con la cabeza de un niño, recientemente separada á tajo de su cuerpo.

El miedo les clavó en su sitio, y largo tiempo hubieran permanecido en aquella sugestión de pánico, á no echárseles encima un terror mayor.

Un hombre, en actitud de un loco, y en tono y maneras amenazadoras, se lanzó sobre ellos. Los pequeñuelos, sin apenas darse cuenta de lo que les ocurría, se desperdigaron en todas las direcciones. Los pocos que tuvieron ánimos para volver la vista atrás, vieron, con cierta satisfacción, que el viejo loco huía también hacia la frontera de Bélgica con su macabra carga, cogida por los pelos de la cabecita.

Cada muchachuelo entró como y cuando pudo en la población, y en sus casas relataron el suceso, ahogados aun de terror.

A pesar de haber cundido rápidamente la noticia por la población y de darse con rapidez las oportunas órdenes, no se pudo llegar al convencimiento de quiénes sean el criminal ni la víctima, ni si este crimen, como se sospecha, es ó no una parte de otro mayor, por haber comprendido á más víctimas.

Ladrón sorprendido.

M. Guset tenía una frutería en uno de los barrios parisienses; notaba que su mercancía disminuía, más que por las ventas que hacía. por robos de que era víctima, y por más que celaba noche y día. jamás pudo dar con el ladrón. Su desesperación no tenía límites y decidió llegar al fin durmiendo donde mismamente guardaba su mercancía, provisto de descomunal barra de hierro.

No había pegado el ojo, pero permaneció sin respirar para no espantar la caza.

A alta hora de la noche oye rechinar una puerta lejana, después percibe claramente que en la cerradura de su cuarto introducen una llave; da un salto y requiere su barra; casi al mismo tiempo penetra allí un hombre, que no había dado el segundo paso al interior de la habitación, cuando cae rodando al suelo por un tremendo garrotazo que le propinó el dueño de la fruta. El ladrón, al fin, había caído en su poder, y una lluvia de palos cae sobre sus costillas, pagando todos juntos sus raterías y robos.

El frutero se excedió; pero nosotros le disculpamos en lo que cabe; lo cierto es que el ladrón pasó, acto continuo de llegar la Policía, al hospital. donde falleció pocas horas después de su ingreso en el benéfico establecimiento

Un niño cortado en pedazos.

En las inmediaciones del camino de Buchenealde (Prusia), se ha perpetrado un crimen inmundo y horroroso: un niño ha sido asesinado y su cuerpecito literalmente cortado en pedazos

El vientre y los pies fueron encontrados en pequeños trozos; á alguna distancia se hallaron los ojos, las orejas, la nariz y los carrillos, arrancados por separado.

De las investigaciones se ha venido á deducir que el crimen se ha realizado lejos del lugar donde han aparecido los trozos del cuerpecito, y que el móvil ha sido el saciar en él apetitos inmorales, siendo este crimen, por lo tanto, de lo más horrendo que las imaginaciones extraviadas pueden concebir.

Hasta la fecha no se sabe quién sea el autor de tan repugnante hazaña; los habitantes de aquellos contornos están consternados é indignados, y si cae en su poder el criminal antes que en las manos de la Policía, han prometido descuartizar al infame, lo mismo que él destrozó el cuerpo de su víctima.



Todo aquel pueblo alargaba las manos hacia la ancha meseta que dominaba la escalera del primer piso, compuesta de veintitrés escalones. Algunos se habían encaramado sobre el ancho tramo de granito; otros se habían sentado sobre el dorso y hasta sobre la cabeza de los dos gigantescos leones que por su actitud fiera y tranquila y por su inmovilidad granítica, parecían dos impasibles centinelas eternamente encargados de custodiar la majestad real.

Hermoso era ver todos aquellos rostros, la mayor parte macilentos y marchitos, radiantes de esperanza y de felicidad, aguardando al que iba á salir. Para este pobre pueblo tan entusiasta y tan bueno, tan dulce y tan paciente, á pesar de su orgullo incomparable, el rey era verdaderamente la imagen de la divinidad, la imagen de la justicia, de la fuerza y de la omnipotencia; de aquel en quien residen al mismo tiempo el poder y la bondad, de aquel que puede y quiere, porque todo bien dimana de él, y su dicha es esparcirlo.



¡Oh! ¡qué hermoso era entonces, para el rey, el ser protector y juez! ¡Cuán sublimes estremecimientos debían agitar su alma real al aspecto de aquel pueblo que tenía, por decirlo así, todo entero en su mano, porque le derribaba de un soplo, le hacía encorvar con una palabra, y levantaba con una sonrisa; porque aquel pueblo ingenuo, orgulloso y cándido á la vez, adoraba en él la majestad del padre, más aún que la majestad del rey; su obediencia nada tenía de servil, porque cuando la obediencia se resume en las dos palabras respeto y amor, esa obediencia honra al hombre en vez de envilecerle, pues solamente es un acto de independencia y de libre albedrío.

La población española, entonces tan oprimida, estaba allí ansiosa, aguardando al que poseía todo el poder, para quejarse y obtener justicia; en aquella época el país más patriarcal del mundo, el pueblo, para llegar hasta el rey, no tenía necesidad de dirigirse á sus ministros. El rey de España no se rodeaba de regimientos armados, de barreras inaccesibles, sino que dejaba acercar libremente al pueblo á su persona, cual lo hace un padre con sus hijos; con esta comunicación libre é íntima, nacía aquel amor inmenso é inextinguible que une al pueblo y al rey con un lazo moral imposible de romper: así es que nunca llegó á intentarse un atentado contra ningún rey de España.

Con todo, á pesar de la radiante expresión de esperanza que aquel día se leía en todos los rostros, notábase con un vivo sentimiento de compasión la profunda tristeza grabada en aquellas fisonomías naturalmente serias; veíase que ese pueblo tan poco exigente en las necesidades de su vida material, ese pueblo que tan poco le hubiera bastado para ser feliz, tenía en el corazón una llaga roedora: llevaba en la frente el sello de aquellas horribles luchas de inercia de los seres fuertes, que los mata como un rayo sin parecer haberlos tocado.

Pero repentinamente se estremecieron todos los corazones con un sentimiento unánime; abrióse encima de la primera meseta una ancha puerta esculpida, y un ujier dió tres palmadas, que era la señal que anunciaba al rey.

Precedido entonces de sus ujieres de servicio y escoltado por cuatro alabarderos, se adelantó en medio de sus guardias de corps aquel gran Carlos V que hacía temblar al mundo.

Llevaba el gracioso vestido de la época, y aunque no era de gran talla, poseía un ademán muy noble, y su rostro joven y altivo tenía aquel encanto particular y poderoso que da una mirada brillante y sagaz iluminada por las llamas del genio; en el corte de sus facciones se veía-e además mucha finura y distinción, y si la bondad no dominaba siempre en esa fisonomía algo orgullosa, al menos casi siempre estaba suplida por aquel aire de extrema cortesanía que engaña á tantas gentes y que en los grandes suele dársele otro nombre.

Juan de Avila lanzó al rey una mirada profunda é investigadora, porque era la primera vez que le veía tan de cerca.

—El rey tiene buena traza—dijo en voz baja Esteban, que también le contemplaba con mucha atención.

Juan de Avila no respondió, porque era más fisonomista que Esteban.

El rey Carlos V era como todos los hombres de gran genio; tenía aire benévolo; pero de esto á ser completamente y siempre bueno, hay mucha diferencia

El emperador se adelantó lentamente para descender, y á cada paso que daba se detenía para tomar por sí mismo los memoriales que le presentaban y pasarlos al capitán de guardias de corps que iba á su lado.

A los que no le entregaban ningún memorial, les daba á besar su mano con aire muy noble y paternal; sentábale bien la majestad real, y hasta en las cosas más pequeñas se traslucía en él al hombre de genio.

Así bajó toda aquella larga escalera, deteniéndose mucho tiempo en cada escalón, acogiendo con igual sonrisa al pobre andrajoso que al rico ciudadano, hablando á muchos como si los conociera, y algunas veces administrando justicia en el acto al que se la pedía.

¡Cuántas veces ese orgulloso conquistador retardó su paseo para subir otra vez á su cuarto con alguno que le pedía justicia!

Grande y noble era esa condescendencia para con los que se quejaban, y esa solicitud para reprimir los abusos y satisfacer una reclamación urgente.

El que sufría una exacción ó una desgracia, sólo había de quejarse; no le hacían aguardar, no era necesario que su queja,

metódicamente formulada, pasase de escalón en escalón del primer secretario del ministerio hasta los últimos empleados; no debía soportar el insolente ceño de esa jerarquía oficinesca: no, iban directamente al rey, sin impedimento, sin obstáculo, porque el rey era rey para todo el mundo, y en el acto lo re paraba todo: el demandante no debía sufrir la agonía de una larga é incierta espera, que las más veces termina por una atroz denegación de justicia.

—He aquí—dijo Juan de Avila—el más bello atributo del trono: representar á la Providencia.

—¡Así pudiera representarla para nosotros!—respondió Esteban.

Carlos V continuaba bajando; la música de los guardias tocaba la marcha real con más viveza; y las mulas de la carroza pateaban de impaciencia.

El gentío que no había podido tomar puesto en la escalera se agrupaba en la puerta para participar también del besamanos.

El día era caluroso y brillante, y la luz del sol parecía desvanecer con sus rayos la tristeza y palidez de aquellos marchitos rostros. La afluencia era tan grande, que Juan de Avila temió no poder acercarse al rey; arrastró á Esteban, procurando pasar con él por medio de la multitud, para encontrarse al paso del monarca; pero á cada alto que éste hacía, manos extendidas hacia adelante agitaban en el aire innumerables papeles, que todos eran recibidos con bondad y entregados inmediatamente al capitán de guardias.

Carlos V no mostró la menor impaciencia ni fatiga de estas numerosas reclamaciones que le detenían tanto tiempo. Solamente su fisonomía denotaba de vez en cuando una meditación interior, un trabajo constante é involuntario de las facultades intelectuales, un ardor de genio infatigable, aquel ardor febril y devorador que mató al fraile de Yuste por haber querido dejar de ser rey.

Finalmente, llegó al último escalón; los ujieres habían separado un poco la multitud; con todo, aún estaba demasiado apretada para que Juan de Avila pudiese acercarse al rey; y viendo que le era imposible adelantarse, levantó sus dos brazos en el aire y tendió hacia Carlos V sus manos suplicantes.

(Continuará.)

Donde las dan, las toman.

De las muchas hazañas que tenemos noticia que constantemente realizan los *apaches* en París, nos habíamos propuesto prescindir, por no contribuir, de manera inconsciente al menos, á propagar su fama, que tanto les envanece.

Pero el caso de hoy es bien distinto, y es una demos-



tración de lo que en todos los terrenos y en multitud de ocasiones hemos dicho: á los criminales hay que contestarles con sus mismos procedimientos.

Tres *apaches* pasaban por la calle de Mercadet, y al llegar al núm. 134 se vieron agradablemente sorprendidos por el magnífico aspecto que presentaban las viandas, y con la rapidez en el obrar á que les tiene acostumbrados su procacidad sin límites, decidieron apoderarse *por la tremenda* de los suculentos alimentos.

Dicho y hecho: penetran en el establecimiento cuatro de estos bandidos esgrimiendo revólvers y puñales, y acometiendo con saña al dueño y á sus criados.

M. Hermelin *no se dejó convencer* por los *apaches*, y en lugar de huir ó esconderse, dejando la plaza libre, se lanzó sobre ellos, acometiéndoles con una cuchilla de las del oficio. Sus criados, al ver la actitud resuelta de monsieur Hermelin, siguieron su valeroso ejemplo, y con tal fortuna, que á los pocos instantes tenían en tierra á un *apache*, que falleció al poco tiempo. Los demás fueron heridos y hechos prisioneros por los valientes defensores de la carnicería, hasta que poco después los entregaron á la Policía.

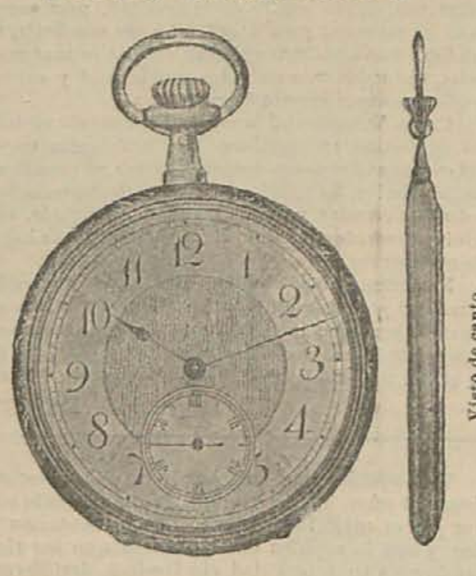
También los carniceros sacaron de la refriega algunas heridas; mas, por fortuna, de poca importancia.

El efecto en el público ha sido de satisfacción, y posible es que ejerza de revulsivo que mueva á la opinión parisiense á tomar por sí la defensa, cuando no sean los poderes públicos los que la hagan, que sería lo más justo, porque están obligados á ser la garantía del ciudadano pacífico. Y si los gobiernos quieren, y querer implica persecución activa y ejemplaridad con los que caigan, pronto se verá París libre de esa plaga que hoy padece.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

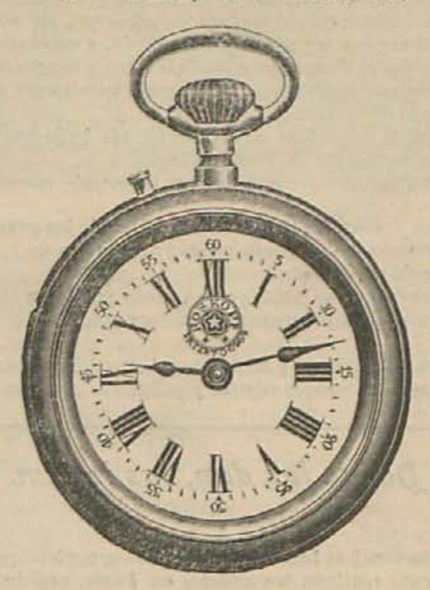
Fuencarral, 59 —Madrid.



Nuevo reloj.

La novedad presentada por el Sr. Thierry, obtendrá seguramente extraordinaria aceptación.
El reloj **Victoria** es de metal blanco, forma Luis XV, con la corona chapeada de oro, modernista, extraplano, casi del canto de un duro, de rica ornamentación al dorso, incrustada en esmalte sobre fondo negro; esfera dorada, canto artísticamente cincelado y maquinaria perfecta, caja inalterable, **26 pesetas.**

En 4 plazos.



El reloj Roskopf Patent, garantizado.

Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro, **35 pesetas**
En níquel puro, el mismo precio.
Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.

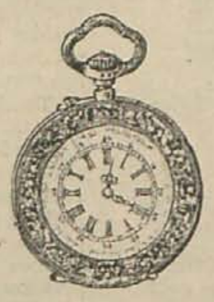


¡NOVEDAD!

Reloj de señora azulado, adamasquinado, con incrustación plata inalterable, **32 pesetas.**

Máquina superior extra, **37 pesetas.**

En 5 plazos.



Gran novedad.

En el deseo de complacer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *suizas*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.
Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro, **10 pesetas.**
Idem con doble tapas, **48 pesetas.**

En 5 plazos.



Magnigco reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas, máquina superior, **39 pesetas.**

Nota. Este reloj no es de doble tapa, y su dibujo indica la parte de atrás.

En 5 plazos.

Advertencia. Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316